

Marguerite Duras

El absoluto sólo se puede mirar

Sara Sefchovich

Al cumplirse este año el centenario del nacimiento de Marguerite Duras, la escritora y socióloga Sara Sefchovich hace un recorrido personal por las pautas vitales y las obsesiones creativas de la polémica y carismática autora de El amante, la novelista, dramaturga y cineasta que llegó al mundo en Saigón y se instaló en Francia para conquistar la escena artística.

Marguerite Duras nació en Saigón, entonces Indochina, hoy Vietnam, en 1914. El lugar y la fecha no son inocentes y ella tampoco lo sería nunca: cargaría para siempre con esa “cualidad” tan francesa de unir la cultura más refinada con el colonialismo más feroz, la realidad de la guerra con la capacidad de vivir la vida como si el horror no sucediera.

En el país asiático vivió con una madre viuda llena de fantasías aristocráticas, y con dos hermanos, uno al que amó con locura y murió joven y otro al que odió con la misma locura y que se convertiría en colaboracionista de los nazis.

De pequeña ella iría a la escuela mientras Europa se devastaba en la guerra y los imperios de siglos se venían abajo. Por eso pudo ser al mismo tiempo inocente y perversa, común y extraña, porque ese fue el mundo que la vio nacer y crecer, un mundo de dos caras, de sueños de grandeza con realidades atroces.

Supuestamente la familia era pobre, pero en los recuerdos de la escritora, se habla de sirvientes que llevan a la mesa las magras comidas y de vestidos nuevos y de un castillo que, aunque desvencijado, la madre compró cuando regresó a su tierra.

Una pobreza pues, un poco cierta y un poco falsa.

¿Por qué decidieron sus progenitores vivir en ese territorio acalorado, insalubre, de inhóspita naturaleza, lleno de bichos y de enfermedades extrañas que incluso llevaron a la tumba al padre?

Es la pregunta que se le puede hacer a todos los que voluntariamente abandonan su lugar en busca de quién sabe cuál quimera. Como Rimbaud, como Isabelle Eberhardt, como todos los europeos que se instalaron en las colonias, la mamá Legrand-Donnadieu algo quería, algo imaginaba posible en aquella lejanía exótica de una ciudad al borde del río Mekong.



Marguerite Duras

Ese algo, diría su hija ya convertida en escritora, era riqueza. Y pensó que la conseguiría sembrando arrozales y cuando eso fracasó, encontrándole un marido (o de pérdida un amante) rico a la joven.

Duras dice que lo tuvo. Tal vez no fue así y todo es invento. Pero el real, si existió, era viejo y feo. El de ficción todo lo contrario.

Sin embargo, en cuanto pudo, Marguerite se fue lejos de todo eso, lo quiso dejar atrás. Aunque su vida estaba ya marcada, al menos, físicamente, se quedó en París.

Fue a Francia para estudiar en la Sorbona, escribir, dirigir películas, ser miembro de la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial y del partido comunista hasta que la expulsaron en el año 50. Hubo muchos tiempos negros: la ocupación alemana, el estalinismo, los frentes populares, el hambre. Hubo también tiempos mejores cuando resurgió de los escombros la vida intelectual.

Francia fue también para el alcohol, mucho alcohol, hasta el *delirium tremens*. Y para relaciones tormentosas, de intensa actividad erótica, algo muy en boga entonces como también hizo la cantante Edith Piaf. Igual que ella, Duras buscó a jovencitos, y removió a las conciencias de Francia y a los amantes de lo francés en el mundo, que son muchos.

Figura polémica en todo: en la izquierda y en la literatura y en la vida. Un día la acusaban de ser amiga de colaboracionistas y otro de delatarlos para que los fusilaran, un día de escribir textos incomprensibles y otro

de ser la mejor. Se la admiraba pero no se le perdonaba su vida apurada a borbotones desde que nació hasta que murió, desde los catorce años hasta los setenta y tantos, siempre con pasiones, vicios, escándalos, libros y más libros.

Porque Duras escribe. Escribe y escribe. Desde los años cuarenta hasta su último aliento, de su mano salieron montones de textos, guiones, obras de teatro, relatos y novelas, artículos y ensayos. Y se convirtió, con sus altas y bajas, en un personaje esencial de la escena literaria francesa.

Si cuento todo esto es porque en el caso de Marguerite Duras, la biografía no es separable de la literatura. Y no por una supuesta verdad de los acontecimientos, sino por el mundo de fantasías, exotismos y relaciones difíciles que la componen.

Los textos de Duras llevan una carga de emociones perturbadoras, que parten de y terminan en el erotismo. Un erotismo en el sentido más amplio, que tiene menos que ver con la sexualidad y el contacto físico y más con la mirada, la inmovilidad y el silencio. Y todo esto con un código que es el mismo de aquella vanguardia electrificante de los años sesenta del siglo XX: velado y desvelado hasta la desnudez. La aparente y la profunda, esa desnudez.

El doble modo de ser de los relatos de Duras explica la extraña fascinación que ejercen y sustenta su diferencia. Porque es a un tiempo intensa y banal, extraña y real, inmóvil y silenciosa, capaz de dejarse arrastrar por la vida pero de imponérsela también, de unir la grande-



za al desvinciamiento y de provocar la sensación de profundidad sobre el más absoluto vacío.

Duras encanta porque su mundo parece posible y asible siendo que no es más que sueño y fantasía, pura invención pura.

En *El amante*, novela que la saca de las capillas y la convierte en *best-seller* mundial, Duras clava una imagen en nuestra retina: la de una mujer-niña de cabellos cortísimos, labios pintados de color rojo intenso y zapatos de altísimos tacones. Imagina uno, pobre lector burgués cómodamente sentado en el sillón de lectura, a esa muchachita (que ella prefiere describir con sombrero y lamé dorado), cruzando el ferry para encontrarse con aquel oriental riquísimo que la esperaba al otro lado del río, para dedicar las largas y calurosas tardes a hacer una y otra vez el amor, sin hablar.

Tiene Duras esa demencia de quien es capaz de meterse a fondo en las cosas y luego abandonarlas de golpe y cortarlas de tajo. Tiene Duras esa demencia de quien es capaz de pasarse la vida jugándose, aventurando.

Y tiene la suerte de terminar bien. Confortablemente bien. Siempre recobra la lucidez, siempre sale del horror, siempre encuentra de vuelta el camino.

Ello es posible porque todo es, en su mundo, un problema estético, todo es cuestión de la pura mirada, repetida y repetitivamente esteticista.

Qué comodidad para los lectores-miradores-veedores que somos todos hoy, lectores con código de televisión, de cine, de imágenes. Qué a gusto seguir en las novelas de Duras la vivencia del placer, del camino lleno

de peligros, de la complicación que se resuelve como debe ser, lo mismo en la guerra que en el alcohol, en el amor que en la escritura.

Qué envidia de Duras que después de ser abandonada por el chino reciba de él promesas de amor eterno y las crea, o que después de recuperar al marido de los campos de concentración, logre salvarle la vida.

Duras es la que se cura en el último momento de sus vicios, la que aprecia el refinamiento literario aunque sea de los colaboracionistas, la que no se horroriza demasiado cuando bajan los prisioneros de los trenes que vuelven, la que habla y habla en la televisión, la que sale del delirio alcohólico, la que encuentra a un galán joven que la cuidará y cuidará su legado luego de su muerte.

Pero no se crea que no hay sufrimiento. Lo hay. Hay mucho dolor en ella, demasiadas aristas puntiagudas. Pero hay también una narradora fría, que sabe ser dura, que puede sobrevivir en tiempos difíciles, que sabe odiar, que pelea por dinero. Ella es todo: helada y quemante, pasional y desapasionada, callada y chirriante.

Hay tres cosas que fascinan y que irritan en su obra: ese ritmo lento, tan francés pero más francés que el de otros franceses; esa estética de la mirada montada sobre tantos artificios y esa su manera tan descarnada de desnudar todo.

Los críticos han dicho muchas cosas de Duras: que la suya es una obra política, nacionalista, pacifista. Que es racista. Que traicionó. Algunos hablan de su culpa, otros de su mentira. O bordan sobre los textos para afirmar que si este personaje era el hermano, que si aquel no existía.



Marguerite Duras en la filmación de la película *Nathalie Granger*, 1972

Pero Duras está más allá de todo eso. Su escritura es una historia personal, una manera individualista de estar en el mundo, a la que le importa mirar y ser mirada, sentir y no pensar, alcanzar el absoluto y, sobre todo, deslumbrar.

Y vaya que deslumbra.

Desde *El square* hasta *El amante*, desde *Hiroshima mon amour* hasta *India Song*, Duras deslumbra en las palabras con que construye los relatos, en los títulos de las novelas que advierten la intensidad que abren: *La impudicia*; *El arrebató de Lol V. Stein*; *Moderato Cantabile*; *Su nombre de Venecia*, en *Calcuta desierta*; *Détruire, dice*; *Los ojos azules, pelo negro*.

La suya es una prosa de imágenes, de miradas que describen de manera descarnada lo más arrobador. La suya es la seguridad de la trascendencia, la vanguardia estética, el paladeo de la palabra, la vida como intención erótica, la búsqueda del absoluto, la falsa profundidad, el vacío. Y todo apostando a la intensidad, todo para salir de la monotonía del tiempo, de la claustrofobia.

Hoy Duras nos mira desde las fotografías con su cara surcada de arrugas y sus lentes de fondo de botella. Nos mira con sus 44 años de escribir y con los setenta y tantos de vivir. Con su ser y su obra sostenidos sobre obsesiones, imaginación, invenciones, recuerdos, realidades, temores, mentiras y verdades.

Y nos fascina y fastidia, nos irrita y atrae, nos aburre y gusta porque nos trae una y otra vez fragmentos de una memoria, de un pasado que a lo mejor no fue o a lo mejor sí, pero que ya es eso: sólo pasado. **u**

